

Me encanta viajar

Antes se compraban billetes con meses de anticipo. Ahora hay que repensar el mundo



F. L. CHIVITE

Naturalmente, la mayor parte de los vuelos se han suspendido durante la cuarentena. Pero sigue habiendo algunos: de carga, de ambulancia, etc. Ayer, en mi temprano paseo, vi un avión en el cielo azul y me llamó la atención. En realidad, vi la estela de humo blanco que dejó a su paso. Pensé que antes veía esas estelas a todas las horas. Y me pregunté cuántos aviones podían volar habitualmente en un día normal. Así que, al llegar a casa, busqué el dato en internet. Respuesta: más de 100.000. De hecho, hace ya más de cinco años que se superaron los 100.000 vuelos diarios en el mundo. No sé qué tipo de gases sueltan esos trastos, pero me imagino que, durante estos dos meses de parón, la atmósfera se está tomando un respiro (por decirlo así).

En marzo, apenas unos días antes de que empezara el confinamiento, mi mujer y yo estuvimos cenando con dos parejas de nuestra edad y ambas tenían planes. Cuando digo de nuestra edad quiero decir recién jubiladas o al borde de la jubilación. Y cuando digo planes me refiero a sus viajes. Unos tenían billetes para ir a Machu-Picchu la semana siguiente. Billetes, reservas de hotel y todo lo demás. Los otros se iban a Bali, también en cuestión de días. Mi mujer y yo estuvimos hablando de eso. Sus compañeros de departamento tenían las mismas intenciones para la Semana Santa. Una se iba sola a Taiwán. Y otro se iba con su novia al cañón del Colorado. Comentamos el tema con amigos y todos tenían algo que añadir al respecto: Nosotros tenemos billetes para ir a Islandia en junio, dijo una sonrosada y reluciente cincuentona de aspecto vigoroso. Nosotros nos vamos en verano a hacer un trekking por el Himalaya y luego a Katmandú, dijo el bronceado y fibroso muchachote tatuado de poco más de treinta.

Podría seguir. Mi propia hija iba a volar por estas fechas. ¿A dónde? A las cataratas del Niágara. Lo digo en serio. ¿Por qué? Pues por nada. Porque había salido así. Lo había hablado con alguien, los billetes estaban a un precio asequible y los compraron. Punto. Me encanta viajar, dice siempre todo el mundo. Qué bonito, viajar. Ahora todo eso se ha parado, claro. Se ha cancelado 'sine die'. ¿Van a devolver el dinero? Ya veremos. Antes se compraban los billetes con meses de antelación. Ahora nadie se atreve a comprar por razones obvias. Otro dato: la mitad de las compañías aéreas actuales van a desaparecer a causa de la crisis del coronavirus. Hay que repensar el mundo. La mayoría de los peligros que amenazan la salud de este hermoso y hospitalario planeta azul tiene directamente que ver con nuestro codicioso y atolondrado modo de vida actual.

Beneficios de nuestra fragilidad

ROBERTO R. ARAMAYO

Profesor de Investigación en el Instituto de Filosofía del CSIC

La pandemia nos confronta con nuestras contradicciones personales y colectivas

Albicias! No somos dioses. Afortunadamente no somos inmortales ni tampoco tenemos el monopolio en de la verdad. A los dioses olímpicos les hacía morir de aburrimiento su inmortalidad. Nuestra fecha de caducidad es un acicate para dar sentido a nuestras vidas. La verdad es patrimonio exclusivo de Dios y lo propio del ser humano es buscarla indefinidamente. Si nuestra voluntad fuera tan santa como la de un Dios y se identificara plenamente con la ley moral sin esfuerzo, tendríamos cerrado el camino de la ética.

Nuestra inherente fragilidad nos permite no ser dogmáticos y compartir nuestras dudas para dirimir los dilemas morales y nos dota del imprescindible afán de superación. Debemos agradecer a nuestra menesterosidad lo mejor de nuestra condición humana. Cada día despertamos con renovados bríos que nos inviten a soñar despiertos para ir transformando cuanto nos parezca mejorable.

Hipnotizados por los avances tecnológicos nos hemos creído prepotentes. Nuestro 'smartphone' nos comunica con los demás y orienta nuestros rutas e itinerarios, nos informa y asesora, vela por nuestra salud, sirve para pagar sin dinero ni tarjetas, hacer fotos, escuchar música, visionar series, hacer operaciones bancarias o comprar por Internet. Con un dispositivo tan sofisticado y versátil entre nuestras manos tenemos la impresión de que todo puede acomodarse sin más a nuestros caprichos.

Covid-19 nos recuerda nuestra consustancial fragilidad. El cambio climático ya lo hacía, pero el mensaje es ahora más rotundo. No estábamos tan preparados para dominar cualquier contingencia. Esta crisis ha hecho estallar por los aires la soberbia de nuestra prepotencia tecnológica y enfatiza el abismo socio-político que hay bajo nuestros pies.

La hegemonía del pensamiento único de corte ultra-neoliberal impuso unas re-



JOSÉ IBARROLA

cetas asumidas como dogmas incontables, al margen de sus funestas consecuencias para la cohesión social. El Estado de Bienestar se fue desmantelando. Nos fuimos acostumbrando a que los empleos no merecieran tal nombre y el salario no diese ni para sobrevivir, mientras nos endeudábamos pidiendo préstamos con onerosos intereses que nos arruinaban e impedían que la juventud pudiera forjar planes vitales aun contando con una sólida formación sin precedentes.

Ha tenido que venir una siniestra pandemia para confrontarnos con todas nuestras contradicciones personales y colectivas. Las brechas de todo tipo se han hecho más patentes por las distintas circunstancias del confinamiento y su diverso impacto en la ciudadanía. Hay quien puede teletrabajar o dispone de los medios para estudiar a distancia por Internet, mientras que otros pierden su trabajo, cesan su actividad, cierran sus negocios o fallecen sin poder ser despedidos.

A corto plazo hay que apuntalar sin duda el frente sanitario, pero a medio plazo hay

que tomar decisiones de calado para fijar unas prioridades alternativas y a largo plazo hay que tender a cambiar las reglas de juego. El sistema democrático tiene que reinventarse para no verse barrido por el viento de la historia.

Desde luego corremos el riesgo de anhelar caudillajes mesiánicos que pretendan salvarnos mediante un control férreo, sacrificando abusivas cotas de libertad en aras de una ficticia e incierta seguridad. Esa tentación viene rondándonos canalizada por los populismos de distinto signo y puede adquirir un renovado vigor.

Cobrar conciencia de nuestra fragilidad e interdependencia tendrá un efecto positivo, siempre que suscite un afán de colaboración, no sólo entre los vecinos y el entorno más cercano, sino entre las diferentes administraciones y organizaciones políticas a todos los niveles. Las luchas por imponer el propio criterio sin más no conducen muy lejos. Urge armonizar las discrepancias, generar consensos tan constructivos como provisionales y no poner zancadillas a los intentos de buscar soluciones.

Aunque no seamos dioses omnipotentes, el (des)orden social sí es cosa nuestra y somos corresponsables de nuestro destino comunitario. Si apreciamos lo mucho que nos necesitamos mutuamente unos a otros, podemos cambiar nuestras actitudes y nuestros hábitos, revisar nuestras prioridades y nuestros valores, posibilitando esos cambios que tanto necesitamos introducir en el pacto social gracias a una revolución de nuestro propio talante personal.

«El destino existe y decide nuestras vidas —escribe Ramón J. Sender—, pero sólo puede actuar con lo que nosotros mismos le proporcionamos a través de nuestra conducta, la cual es un eco de nuestra peculiar y privada manera de ser». No esperemos que la solución caiga del cielo ni venga de arriba. Demos el primer paso y rentabilicemos los prodigios de nuestra fecunda fragilidad e interdependencia.

El puñal del emperador

ALBA CARBALLAL



Hoy, en este 5 de mayo raro y de dudosa heroicidad, se cumplen 20 años del estreno de 'Gladiator'. No sé si la efeméride viene muy al caso: pese a la gravedad de una pandemia que sigue sacudiendo al mundo entero, y pese a ser ésta una época en la que las metáforas bélicas proliferan con la misma alegría que los champiñones silvestres, la épica chusca que reviste los telediarios, los discursos políticos y las tertulias televisadas dista mucho de la que recorre, desde la

cabecera hasta los créditos, el películón de Ridley Scott.

Si tenemos en cuenta sus últimos movimientos, parece que Pablo Casado está intentando por todos los medios convertirse en Joaquín Phoenix; pero en lugar de imitarlo en 'Her' y quedarse, tal y como debería, sentadito en su casa interactuando a través de su teléfono móvil, se dedica a jugar a las películas de romanos: como un emperador venido a menos, se pasea por la Puerta del Sol cual César, pasando

revista a las tropas sanitarias sin un triste mandato democrático que avale tal actitud. Y aunque la lucha de gladiadores se le da un poco peor que al malvado Cómodo, la puñalada traperera a Máximo en 'Gladiator' es un alarde de elegancia en comparación con la que le ha clavado Casado a Sánchez al aventurar que dejará de apoyar al Gobierno en el Congreso.

No me malinterpreten: es evidente que Sánchez tampoco es Russell Crowe, pero un hombre sigue siendo un hombre, un virus sigue siendo un virus y una vida, no lo olvidemos, sigue siendo una vida. Los guionistas de 'Gladiator' entendieron esto mejor que nuestros políticos, y pusieron esta frase en los labios de Máximo: «No sabemos a qué nos enfrentamos, pero es más fácil que sobrevivamos si peleamos juntos».